



ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,
PRONUNCIADO EN SAN LUIS DE POTOSÍ EL 9 DE
SEPTIEMBRE DE 1897.

*Non solum Judaei, sed aliae
quoque nationes indignaban-
tur, et molestie ferebant de nece
tanti viri injusta.*

No sólo á sus compatriotas y
correligionarios, sino también á
las naciones extranjeras, ha lle-
nado de indignación y sumer-
gido en hondo duelo el alevoso
asesinato de varón tan insigne.

II Mac., IV, 35.



N mes ha transcurrido desde que se consumó el horrible atentado. La ilustre víctima duerme tranquila en su glorioso sepulcro y han desaparecido las manchas de la sangre del mártir. La justicia humana ha cumplido su misión con la rapidez y el rigor que tamaño crimen demandaba, y el asesino también reposa en la huesa cavada por el verdugo. El timón de esa nave tan difícil de gobernar, que en medio de la más furiosa tormenta quedó privado de la dirección del gran repúblico, se ve ya empu-

ñado por otras manos vigorosas que parecen llevarla por idéntico rumbo. Sus deudos, su partido, el Estado, las Academias, los pobres, empiezan á dividirse la herencia del prócer, del político, del patriota, del sabio, del cristiano. La máquina social funciona en ambos mundos con la misma precisión que antes del funesto acontecimiento, y todo, al parecer, ha pasado.

Todo ha pasado, sí; pero aún no pasa la indignación universal causada por el alevoso asesinato del insigne varón. Aún no se secan las lágrimas que ha hecho verter la pérdida, en estos momentos irreparable, de aquel á quien miraba España como su salvador. Aún se mantiene vivo el sentimiento de horror producido por la inicua trama que, al arrebatarse la vida del primer Ministro de una monarquía, amenaza con igual suerte á todos los príncipes y gobernantes de la tierra. Como en tiempo del sacerdote Onías, la indignación y el luto no se manifiestan únicamente entre los partidarios y compatriotas de la ilustre víctima, *non solum Judaei*, sino que alcanza á todas las naciones civilizadas de ambos continentes, *sed aliae quoque nationes indignabantur*. Tiemblan en su trono el Czar de todas las Rusias y el Sultán de Turquía; se tienen que rodear de guardias aun el Presidente de la República francesa y el rey Humberto, si bien el poder de uno y

otro emana de los principios modernos, y hasta los supremos Magistrados de los Estados libres de ambas Américas se estremecen en las sillas en que la voluntad del pueblo los ha colocado.

Es que el proyectil homicida no ha herido tan sólo al jefe del partido conservador de la Monarquía española. Si así fuera, habría vacilado, señores, en aceptar la misión que me confiasteis de pronunciar su elogio al pie del altar. El repúblico insigne á quien lloramos, hace tiempo que á la España entera representaba, que era, si así puedo expresarme, la encarnación viviente del *pensamiento español*. Aún hay más. Desde que empezó la lucha titánica en defensa de las últimas posesiones españolas en América y el Extremo Oriente, personificaba el grande hombre de Estado los intereses de toda la raza española en ambos hemisferios, el elemento *pan-hispánico*, si me permitís esta expresión. Y no es esto todo. Al caer herido de muerte por un asesino que ningún resentimiento personal abrigaba contra su víctima, se elevó ésta á la categoría de representante del orden social, del principio de autoridad, de esa autoridad que emana de Dios mismo y que todos estamos obligados á defender. Hé aquí por qué subo con tanta confianza á esta cátedra, no sólo por complacer á la colonia española de mi ciudad episcopal, sino en cumplimiento de un alto deber religioso y patrióti-

co, á tejer el elogio de DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO; y me perdonaréis si al anunciároslo no agrego sus numerosos títulos, porque para señalaros su grandeza basta su nombre.

Un mes ha transcurrido, señores, desde que abandonó la tierra su alma escogida, y aún se pregunta el mundo quién podrá reemplazarlo. ¿Cuándo volverá á suscitar la Providencia otro hombre que á un talento tan claro una la afición al estudio y el amor á las letras hasta sus últimos instantes; que ponga estas altas cualidades, naturales y adquiridas, al servicio de la patria, y que anime su vida pública y privada con el espíritu cristiano, único capaz de sublimar á un mortal hasta la altura en que hoy lo contemplamos?

Tal fué Cánovas del Castillo, y yo os invito á que, repasando conmigo los principales actos de su laboriosa vida, lo admiréis primero como hombre de letras, poeta, orador, filósofo, historiógrafo; luego como político, y en todas circunstancias como cristiano. Concededme, os ruego, vuestra benévola atención.

I

Cuéntase de Napoleón el Grande que, felicitándolo un día el Emperador de Austria por el hallazgo de ciertos pergaminos que indica-

ban la ilustre prosapia de los Bonapartes, contestó altivamente: «No necesito antepasados; yo soy el Rodolfo de Hapsburgo de mi raza.» Otro tanto podría decir Cánovas del Castillo. Nació, como bien sabéis, al expirar la tercera década de este siglo, y para labrarse una carrera y una posición no contaba más que con los recursos de su ingenio. Era la época de las contiendas civiles y de las luchas políticas en España, y era preciso abrirse camino, ó con la espada de acero del militar, ó con la espada de la palabra del orador. Prefirió la segunda, y desde su temprana juventud se dedicó á adquirir esa multitud de conocimientos que exige tan difícil carrera. Casi todas las demás artes, dice Cicerón, tienen cada una de por sí cuanto basta para sostenerse: *coeterae fere artes se ipsae per se tuentur singulae*. Pero el arte de bien decir es, á saber, de hablar con ciencia, con pericia y con elegancia, no tiene límite alguno que lo circunscriba como en un campo cercado: *bene dicere autem, quod est scienter, perite et ornate dicere, non habet definitam aliquam regionem cujus terminis septa tueantur*. Quien aspire á esta gloria debe saber disertar con perfección sobre cualquier asunto que pueda discutirse entre los hombres, ó renunciar al nombre de orador: *omnia quaecumque in hominum disceptationem cadere possunt, bene sunt ei dicenda qui hoc*

se posse profitetur, aut eloquentiae nomen reliquendum est (1).

Exige el mismo Marco Tulio (2) la lectura asidua de los poetas, el conocimiento profundo de la historia y el estudio del Derecho civil, recomendando al joven orador un ejercicio que acostumbraron en sus primeros años los elocuentes Craso y Cayo Carbón. Solían aprender de memoria versos de Enio, y luego recitarlos varias veces, expresando su sentido con locuciones diferentes; otras se ocupaban en traducir con elegantes frases latinas las oraciones de Demóstenes y otros griegos, y antes de salir al campo, se adiestraban, como gráficamente nos dice, en estas domésticas escaramuzas.

Cánovas no sólo siguió estos consejos, sino que fué más allá, y apropiándose los conceptos de los autores clásicos antiguos y modernos, compuso él mismo versos originales y cultivó la poesía, no tan sólo en sus mocedades, sino en la edad madura, y hasta en los últimos años de su vida. ¿Hay que vituperarlo por esto, como lo han hecho algunos críticos? El cultivo de la poesía es para el hombre de letras lo que el ejercicio de la esgrima para el hombre de guerra. Indispensable éste al joven oficial, es

(1) *De Oratore*, lib. II.

(2) *Ibid.*, lib. I.

no menos necesario al general encanecido en el campo de batalla. No que sea propio de un guerrero de edad madura y elevada jerarquía el sentar plaza de duelista ó de maestro de armas; pero es su deber no olvidar el manejo de la espada ni exponerse á perder el vigor del cuerpo entregándose á la inacción.

No de otra suerte acaece con la esgrima del entendimiento; y el cultivo de la poesía que formó parte integrante de la educación del joven, sirvió al estadista ya maduro, no sólo para llenar los forzados ocios en que lo sumergió de vez en cuando la política, sino para no dejar enervar aquellas brillantes facultades, que cada vez que salía de su involuntario reposo, aparecían más frescas y más vigorosas.

Entre las poesías de sus juveniles años, encontramos una intitulada: *Ilusiones y desengaños — Roma — Italia*, á que en la última edición añade la siguiente nota: «Ni una palabra he alterado en esta composición que modifique la expresión de los sinceros sentimientos del autor en su juvenil edad y durante la crisis tremenda de 1847 á 1849.—Por lo demás, ilusiones y desengaños que padeció un Pontífice como Pío IX, nada tiene de particular que por un estudiante de jurisprudencia se padeciesen.» ¿Por ventura al trazar recientemente estas líneas, ó al cantar hace medio siglo

¡Y yo, Italia, te amaba!...
Y allá en la noche oscura
Tal vez gloria y virtud en tí soñaba;

por ventura presentía el desengañado poeta que del seno de esa Italia regenerada á la moderna había de salir el asesino que le cavara sangriento sepulcro?.....

No procuremos investigarlo. Es cierto que éste es uno de sus primeros ensayos; pero él mismo nos dice que «sus opiniones, como todos sus sentimientos, por lo que toca á la religión, á la moral, á la patria, á la ciencia, á la historia, á las artes, dondequiera se pueden buscar, menos en sus composiciones poéticas». «Durante la edad madura (nos explica poco antes) la tribuna política y las Academias y corporaciones literarias han dado á mi actividad intelectual constante y vivo empleo. Raro será el asunto elevado, digno de la poesía filosófica ó política, que no me haya visto obligado á tratar desde poco después de cumplir los veinticinco años, delante de grandes concursos de espectadores, con todo el fuego que puede prestar á la palabra la sinceridad inequívoca de las emociones. Satisfecho con esto, renuncié en la poesía á los asuntos patrióticos y otros semejantes á poco de ser diputado, del modo más insensible y espontáneo.»

Cerremos, por tanto, el volumen de sus versos, y para estudiarlo más á fondo pongámonos á hojear, ya que otra cosa no nos es dado, sus obras históricas, oratorias y filosóficas.

Donde mejor podemos descubrir el ánimo recto, la conciencia delicada y el acendrado patriotismo de D. Antonio Cánovas es, á mi ver, en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*. Publicados cuando el autor tenía cuarenta años; refundidos cuatro lustros más tarde, nos revelan el modo de pensar del gran político en tan diversas épocas de su vida y nos dan la clave de su conducta en este último período. En sus discursos, ya improvisados, ya escritos, por sincero que fuese al expresar sus pensamientos, tenía que atender á captarse la benevolencia de un auditorio fácilmente impresionable, y no le era dado vaciar tan completamente su corazón como al escribir la historia, destinada á lectores que tenían la facilidad de meditar á sangre fría y en silencio los conceptos vertidos, y á los cuales se podía presentar la verdad sin ambages.

La primera ley que se impone al historiador, dice Cicerón (1), es guardarse de estampar una falsedad: *quis nescit primam esse historiae legem, ne quid falsi dicere audeat?* La segunda es no tener miedo por motivo alguno de decir

(1) *De Oratore*, lib. II.

la verdad, y toda la verdad: *deinde ne quid veri non audeat?* La tercera es evitar toda sospecha de parcialidad ó de espíritu de partido: *ne qua suspicio gratiae sit in scribendo, ne qua simultatis?* Todos estos preceptos cumplió al pie de la letra el historiador español; y yendo aún más allá de lo que soñara el orador romano, tuvo el valor de corregir los errores en que al principio incurriera y de confesar haber errado, y el patriotismo de escoger un asunto escabroso, pero que era preciso tratar para la salvación de la patria.

«No eran tan propensos nuestros antepasados (nos dice), ni la generalidad de los hombres lo son, á contar sus desdichas nacionales cuanto sus glorias.» Se necesitaba, en efecto, gran dosis de atrevimiento para tocar un asunto como la pérdida de Portugal y el principio de la decadencia de España, y Cánovas no temió tratarlo, y siguió profundizándolo y esclareciendo un punto tan oscuro, sin disimular nada á sus lectores aun á riesgo de lastimar los más delicados intereses.

«Poco debieron sospechar (dice al empezar sus *Reflexiones sobre la separación de Portugal*) los primeros liberales, nuestros antecesores, que ellos, que no se cansaban de censurar desdichas antiguas, como la segregación de Portugal y otras, perderían igualmente y en poquísimos años territorios mucho más vastos.»

No es fácil saber si, cuando primero se publicó este libro, produjeron tales observaciones la misma impresión que en los que ahora las leemos. La crítica que hace de la inoportuna política de conciliación de Felipe II en Portugal y en Flandes; de la debilidad de aquel monarca en no sofocar desde un principio la rebelión protestante en los Países Bajos; de su poca prudencia en retirar de aquellas apartadas provincias las tropas españolas, y en dejar abandonadas débiles guarniciones; las simpatías que parece le inspira más tarde el ministro de Felipe IV, juzgado *omnipotente* por la generalidad de los historiadores, y que en realidad tenía atadas las manos en su lucha desgraciada por la unidad nacional, se pueden aplicar de tal manera á la situación de España en los últimos meses y á la que guardaba el ministro de la augusta madre de Alfonso XIII, que, si no supiéramos que el libro vió la luz mucho antes de los recientes sucesos, nos veríamos tentados á creer que no es historia, sino retrato vivo de la época actual. Pero, apoyándose sus aserciones en documentos fehacientes, nadie puede ver en ellas alusiones á personajes ó partidos de los tiempos que corren; antes bien nos vemos obligados á admirar la sagacidad del hombre de Estado al tomar la pluma de historiador, y su previsión que raya en espíritu profético. «Aconteció en Flandes lo que

en todas partes acontece: que la debilidad del mando obliga tarde ó temprano á los Gobiernos á exagerar sus rigores, y luego á sustentar dudosas luchas, si no prefieren entregarse á merced de sus adversarios, que es lo que hizo á la postre España en Portugal.» El que hace nueve años reimprimía estas líneas, trazadas hacía veinte ó cuarenta, ¿sabía ya, ó prevía que á él iba á tocar la herencia de ajenas debilidades, que, como el Conde-Duque de Olivares, tendría que luchar, al parecer con un puñado de descontentos, en realidad con una gran potencia extranjera, y que los rigores de Monjuich serían fatales á su persona como lo fueron al favorito de Felipe IV, y entonces también por desgracia á toda la Monarquía?

¡Y no era Cánovas inclinado al rigor! Por el contrario, pocos caracteres podrán encontrarse más flexibles y conciliadores, y este espíritu debía infundirlo á todo su partido, á toda la nación. No necesitamos para convencernos de ello recurrir á ajenos documentos. Él en sus discursos nos ha dejado consignados sus íntimos sentimientos, y basta con tomar uno al acaso para leer en el fondo de su alma generosa. En el que trata de *El juicio por Jurados y el partido liberal conservador*, asegura, y esto delante de inmenso concurso, que «ninguno como este partido tiene dadas tantas pruebas de moderación y espíritu conciliador, desde la

Restauración cuando menos». Lo que enuncia en el exordio, lo desenvuelve y explica con galanas frases y lógica irresistible, y lo comprueba más que todo con los hechos. Después de largas páginas llenas de erudición y sólidos argumentos contra la práctica del Jurado en España, concluye que «por su voto al menos, no habría dejado su partido de transigir hasta con el juicio por Jurados». Afirma que uno de sus deseos más caros ha sido entenderse con sus adversarios en todo lo referente á la organización de tribunales, y termina admitiendo lo que tanto ha combatido, y limitándose á «apetecer que no nos dé razón á los conservadores la experiencia, y que la Providencia divina, ya que la ciencia no puede ser, ilumine mejor que á los demás á los jurados de nuestra patria.»

¿Puede pedirse mayor lenidad, más dulzura, mayor espíritu de conciliación? Y notad, señores, que estas transacciones no eran puramente platónicas. Era Cánovas un hombre que, llegado al poder, sostenía con los hechos las doctrinas que cuando no estaba en el Gobierno predicaba, y que jamás se mostró severo sino cuando lo exigió la salvación de la patria.

Donde aparece, quizá más que en ninguno de sus libros, filósofo profundo, jurisconsulto consumado, cristiano caritativo y católico convencido, es en su discurso sobre la *Cuestión*

obrero y en los dos que le sirven de complemento sobre la *Conferencia de Berlín* y las *Últimas consideraciones* que ésta sugiere. Aunque ecléctico en todo, como él mismo se gloria, y aunque liba en todas las flores para la composición de estas arengas, manifiesta un criterio tan radicalmente católico, que si no supiéramos que la primera fué pronunciada antes que saliera á luz la famosa Encíclica de León XIII, *De conditione opificum*, creeríamos que el orador español se había inspirado en la lucubración del gran Pontífice. Conoce á fondo la caridad cristiana, pero declara que esto no basta para resolver la cuestión. Comprende la importancia de la acción de la Iglesia, pero expone que ella no tiene actualmente todo el poder que se requiere para llevar á cabo las reformas que la situación exige sin la ayuda del Estado, y en la necesidad de esta cooperación insiste una vez y otra con vehemencia. No quisiera cansaros con citas; pero no puedo resistir al deseo de repetir al pie de la letra alguna de sus sentencias, dignas en alto grado de esta cátedra santa.

«La revolución francesa, mucho más anticlerical que liberal, como cierto día confesó Gambetta á un amigo mío, por toda Europa inspiró en mal hora un espíritu de destrucción que hoy debiéramos llorar, de las innumerables instituciones cristianas destinadas á con-

tribuir en la práctica al preciso y recíproco auxilio de unas y otras clases de la sociedad, acortando las distancias entre patronos y proletarios, propietarios y colonos, ricos y pobres por medio de la caridad santa. Juntóse á la obra de perdición de disminuir la creencia en la inmortalidad y la divina y eterna justicia, eso otro de echar por tierra las instituciones cristianas, pretendiendo sustituir ambas cosas con una definición falsa de los derechos del hombre, hoy condenada por todos los liberales que son antes pensadores que sectarios. Y de ello—¿quién lo ignora?—ha nacido la presente anarquía moral, madre del anarquismo práctico.»

¡Detente, ilustre orador! ¿Estás pensando acaso en que tú propio vas á ser víctima de este anarquismo, cuando, después de señalar el peligro, das el grito de alarma? No te quiso escuchar España, no te oye Europa, no han seguido tus consejos las Américas, y la sangre ha corrido y seguirá corriendo con la tuya. Ojalá que atiendan á otras admoniciones que oportunamente les dirigiste y que aún es tiempo de seguir. Tened la benevolencia de escucharlas.

«La Iglesia y la gente cristiana, bien que brutalmente rechazadas por muchos de una tarea que tanto necesita del concurso unánime, algo repuesta ya de sus pasadas y cruentas

persecuciones, va todavía á la vanguardia de los que tan necesaria empresa acometen, dando á la sociedad civil en todos sus órdenes, y al Estado mismo, el ejemplo. Repasad lo que hacen las señoras aristocráticas, y casi todas las acomodadas, por los niños pobres, huérfanos, enfermos; lo que hacen por los ancianos inválidos, por las mujeres caídas, por la constitución de verdaderas familias en los hogares ilegítimos; ved cómo se multiplican diariamente esos esfuerzos, que la fe católica engendra y alienta, y cuántos elementos de pacificación introducen en las perturbadas relaciones de las modernas clases sociales. Muy útil es ese movimiento....., pero por sí solo no basta. Urge que la sociedad civil ó laica, que el individualismo incrédulo, que el Estado, acudan á la lucha juntamente, cuando no por razones piadosas, que alegarlas fuera tal vez ridículo para muchos, por los intereses comunes.»

Perdonad, señores, tan largas citas; pero ¿con qué palabras mejor que con las suyas propias podría daros á conocer sus nobles y cristianos sentimientos? ¿Qué mejor modo de probaros que era un orador sin rival, que haciéndoos gustar largos trozos de esos discursos tan galanos, tan acabados, tan elocuentes, que escribió previamente, y revisó, y corrigió, y limó con escrupuloso cuidado, ajustándose á las severas leyes de Quintiliano y de Cicerón?

Y sin embargo, no era éste su modo favorito de preparar sus discursos, y cuando se le presentó la ocasión, contradijo abiertamente á estos preceptistas romanos, oponiéndoles otras teorías, así como diariamente les contradecía en la práctica. Prefería, en efecto, «la improvisación oratoria, más indispensable, más frecuente, más útil sin duda en nuestras asambleas modernas que su rival, aunque por fuerza menos correcta y bien ordenada, más pobre en adornos y de menos efecto en la lectura». Comparaba al orador con el autor dramático que representa su propia obra, y explicando este principio, añadía que «este género de drama consiste no en monólogos, sino en verdaderos diálogos del orador con su público, en que sólo se oye la voz articulada del primero, pero en el cual es indispensable que tome parte el otro, con sus mil voces interiores, las cuales de seguro contestan á quien sabe preguntar, ya con aprobación, ya con desaprobación, ya con entusiasmo, ya con cólera (1).»

Cuando dictaba estos preceptos, los había puesto en práctica hacía largos años. Era, en verdad, un grande improvisador y un actor consumado. A la lógica contundente, á la elegancia en el decir, á la prontitud en el responder, añadía esa gracia natural de la fértil An-

(1) Prólogo á los *Oradores romanos* de Roda.